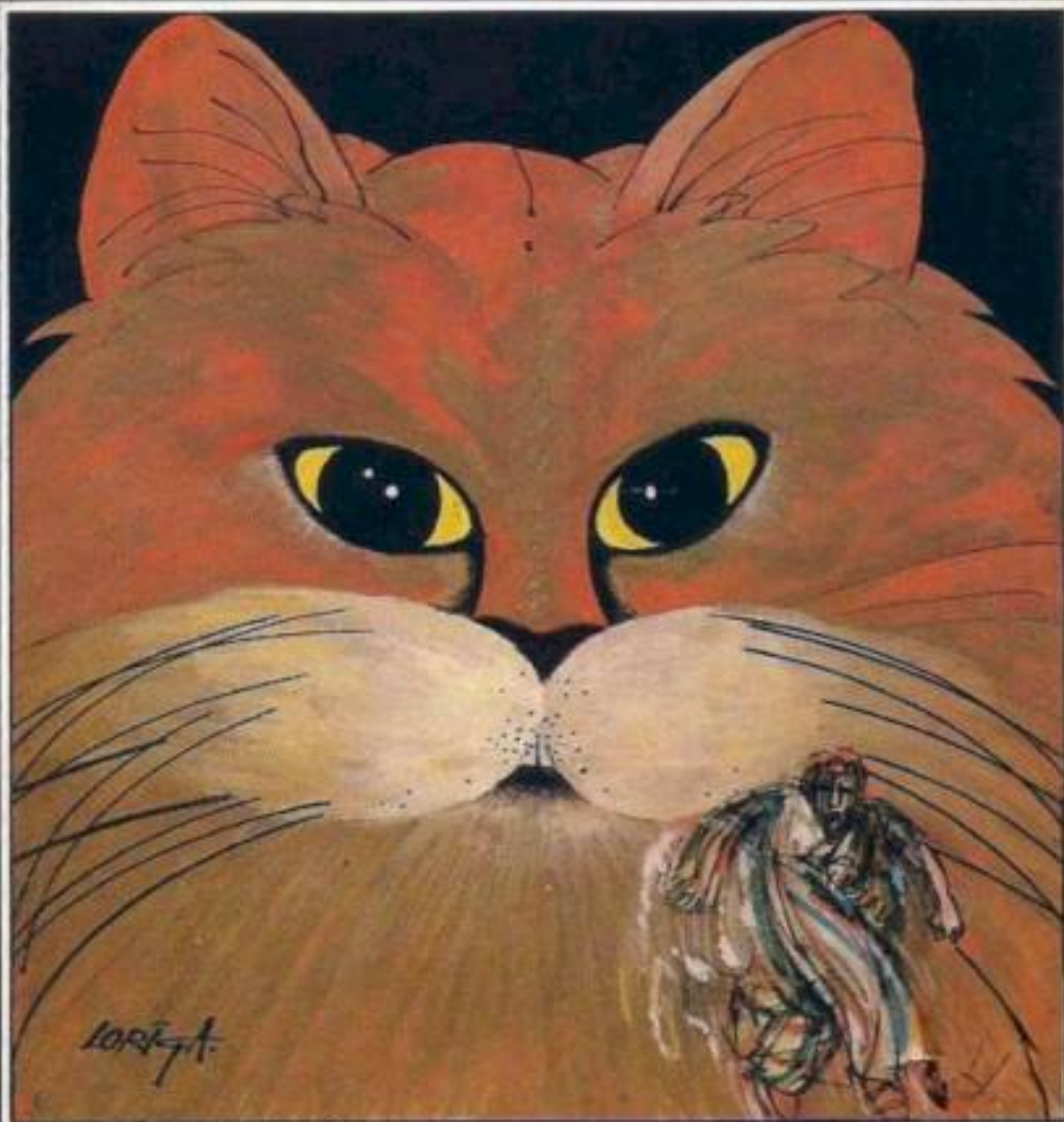


Richard Matheson

El hombre
menguante



¿Puede el más extraordinario de los viajes, la más increíble odisea, desarrollarse en un itinerario de menos de dos metros de longitud?

La respuesta es indudablemente afirmativa, tras conocer las alucinantes peripecias del hombre que, centímetro a centímetro, recorre su propia estatura en sentido descendente, disminuyendo de tamaño día a día, inexorablemente, hacia la extinción definitiva —o hacia algo todavía más inquietante— mientras los objetos y seres de su entorno cotidiano se convierten en trampas mortales y monstruos de pesadilla.

1

Al principio, creyó que se trataba de una marejada. Después comprobó que el cielo y el océano podían verse a través de ella, y se dio cuenta de que era una cortina de rocío que se precipitaba sobre la embarcación.

Estaba tomando el sol encima de la cámara. Fue una verdadera coincidencia que se incorporara sobre el codo y la viera acercarse.

—¡Marty! —gritó.

No recibió contestación. Corrió por la ardiente madera y se dejó caer en el puente.

—¡Eh, Marty!

El rocío no parecía amenazador, pero por alguna razón quería esquivarlo. Dio la vuelta a la cámara sin dejar de correr, sintiendo los calientes tablones de la cubierta bajo sus pies. Sería una carrera.

Y la perdió. En un momento determinado estaba al sol. Al siguiente, el cálido y reluciente rocío le empapaba por completo.

Después pasó de largo. Él se quedó observando cómo se deslizaba por el agua, cubierto por sus brillantes gotas. De repente se sobresaltó y bajó la vista. Sentía un curioso hormigueo en la piel.

Cogió una toalla y se secó. Era una sensación parecida al agradable hormigueo causado por una loción en unas mejillas recién afeitadas. Cuando acabó de secarse, la sensación casi había desaparecido. Fue abajo y despertó a su hermano, al que habló de la cortina de rocío que había azotado la embarcación.

Fue el principio.

2

La araña corrió hacia él por la arena en sombras, avanzando rápidamente sobre sus robustas patas. Su cuerpo era un gigantesco y brillante huevo que temblaba negramente a medida que dejaba atrás las tranquilas dunas, formando una estela de garabatos en la arena.

El hombre estaba paralizado. Vio el ponzoñoso brillo de los ojos de la araña. Observó cómo salvaba el obstáculo de un palo similar a un tronco, con el cuerpo encaramado en sus patas casi invisibles por la velocidad, casi a la misma altura que los hombros del hombre.

Súbitamente, detrás de él, la llama encerrada en acero se inflamó con un trueno que sacudía el aire. Desquició los nervios del hombre. Respirando entrecortadamente, dio media vuelta y echó a correr, haciendo crujir la arena mojada bajo sus sandalias.

Atravesó lagos de luz y nuevas sombras, con el rostro convertido en una máscara de terror. Rayos de sol iluminaban parcialmente el camino que el pánico le hiciera seguir, y frías sombras le envolvían. Detrás, la gigantesca araña levantaba arena en su persecución.

De repente el hombre resbaló. Un grito se escapó de sus labios. Cayó de rodillas, apoyando instintivamente las palmas en el suelo. Sintió el temblor de la helada arena a causa de la vibración de la estrepitosa llama. Se puso desesperadamente en pie, con las manos llenas de arena, y echó a correr de nuevo.

Mientras corría, miró hacia atrás por encima del hombro y vio que la araña estaba ganando terreno, con su cuerpo

parecido a un huevo encaramado sobre veloces patas, un huevo cuya yema nadaba en mortíferos venenos. Siguió corriendo, sin aliento, con el terror en las venas.

De repente, el precipicio apareció ante él: un precipicio que caía a pico y formaba una pared gris y perpendicular. Corrió a lo largo del borde, sin mirar hacia el desfiladero que había en el fondo. La gigantesca araña le siguió, arañando las piedras en su avance. Estaba más cerca que antes.

El hombre se precipitó entre dos gigantescas latas que se elevaban como tanques por encima de él. Con toda la rapidez de que era capaz, se introdujo entre las silenciosas moles de las latas amontonadas, dejando atrás paredes verdes, rojas y amarillas, todas ellas impregnadas de lívidas sustancias grasientas. La araña tuvo que trepar a ellas, incapaz de mover su abultado cuerpo con suficiente velocidad entre las latas. Se encaramó por el lado de una, y después corrió sobre sus cubiertas de metal, salvando los espacios existentes entre ellas con repentinos y bruscos saltos.

Cuando el hombre se disponía a salir nuevamente al descubierto, oyó un rasgueo encima de él. Retrocediendo y echando la cabeza hacia atrás, vio a la araña a punto de saltar sobre él, con dos patas deslizándose por el lado de la lata y las demás agarradas a la tapa.

Con una exclamación de terror, el hombre volvió a introducirse en el espacio que había entre las gigantescas latas, a veces corriendo, medio trastabillando a lo largo de la sinuosa ruta. Detrás de él, la araña se encaramó nuevamente a la tapa y, girando en un semicírculo perfecto, reanudó la persecución.

Esto permitió que el hombre ganara algunos segundos. Internándose otra vez en la arena barrida por las sombras, rodeó apresuradamente el gran pilar de piedra y otras muchas estructuras semejantes a tanques. La araña saltó a la arena y corrió tras él.

Ahora la gran masa naranja se levantaba sobre el hombre mientras éste se dirigía, una vez más, al borde del precipicio. No tenía tiempo para vacilaciones. Con una extraordinaria flexión de sus piernas, se arrojó al abismo y se asió con espasmódicos dedos al tosco saliente.

Con un estremecimiento de terror, se subió a la astillada superficie naranja en el mismo momento en que la araña llegaba al borde del precipicio. Una vez arriba, el hombre empezó a correr a lo largo del estrecho saliente, sin mirar hacia atrás. Si la araña saltaba sobre el hueco, estaba perdido.

La araña no saltó. Al volver la vista atrás, el hombre vio que no lo hacía y, deteniéndose, se quedó mirando al animal. ¿Estaría a salvo ahora que se encontraba fuera de su territorio?

Sus pálidas mejillas se crisparon al ver que de los tubos de la araña salía un reluciente vapor que no era otra cosa que un cable doble.

Dando rápidamente media vuelta, empezó a correr de nuevo, sabiendo que, en cuanto el cable fuera bastante largo, las corrientes de aire lo elevarían, se adheriría al saliente naranja y la negra araña avanzaría por él.

Trató de correr más de prisa, pero no pudo. Le dolían las piernas, apenas podía respirar, sentía una aguda punzada en el costado. Corrió y se deslizó por la pendiente naranja, saltando los huecos con desesperadas arremetidas.

Otro borde. El hombre se arrodilló apresuradamente, temblando y, agarrándose con fuerza, se dejó caer al otro lado. Era una larga caída hasta el siguiente nivel. El hombre esperó a que su cuerpo se balanceara hacia dentro, y entonces se soltó. Justo antes de caer, vio a la gran araña avanzando por la pendiente naranja en dirección a él.

Aterrizó sobre sus pies y se cayó sobre la dura madera. Sintió un penetrante dolor en el tobillo derecho. Se puso trabajosamente en pie; no podía detenerse. Oyó el avance de la araña por encima de su cabeza. Corriendo hasta el

borde, vaciló, y volvió a saltar al vacío. La curva del aro metálico, gruesa como un brazo, quedó atrás. Él trató de alcanzarla.

Cayó moviendo desesperadamente los brazos y las piernas. El suelo del desfiladero se acercaba con gran rapidez. *Tenía* que evitar la llanura cubierta de flores.

Y, sin embargo, no fue así. Casi en el borde, aterrizó primero con los pies y saltó hacia atrás describiendo una brusca voltereta. Quedó tendido sobre el estómago y el pecho, respirando entrecortadamente. Oía a tela polvorienta, y sentía el contacto de un tejido áspero en su mejilla.

Entonces recobró toda su agudeza mental y, con una espasmódica distorsión de los músculos, el hombre alzó la mirada y vio que otro hilo estaba siendo tendido por los aires. Comprendió que al cabo de pocos momentos la araña se descolgaría por él.

Levantándose con un gemido, permaneció un momento inmóvil sobre sus piernas temblorosas. El tobillo seguía doliéndole y respiraba con dificultad, pero no tenía ningún hueso roto. Se puso en marcha.

Cojeando rápidamente por la llanura cubierta de flores, el hombre se deslizó por el borde. Al hacerlo, vio que la araña se columpiaba sobre él como un terrible y serpenteante péndulo.

Llegó al suelo del desfiladero. Echó a correr, renqueando, por la amplia llanura, pisando con firmeza el terreno duro y nivelado. A su derecha se alzaba la gran torre parda donde seguía ardiendo la llama, cuyo rugido hacía temblar al mismo desfiladero.

Miró hacia atrás. La araña llegaba en aquel momento a la llanura cubierta de flores, para correr en seguida hacia el borde. El hombre se dirigió velozmente hacia el gran montón de troncos, que era tan alto como la mitad de la torre. Corrió por lo que parecía ser una gigantesca serpiente enrollada, roja, inmóvil y con las fauces abiertas en ambos extremos.

La araña cayó al suelo del desfiladero y corrió en persecución del hombre.

Pero el hombre ya había llegado a los gigantescos troncos y, dejándose caer hacia adelante sobre el pecho, se metió en un estrecho hueco entre dos de ellos. Era tan estrecho que apenas podía moverse; oscuro, húmedo, frío y con olor a madera enmohecida. Se introdujo en él hasta donde le fue posible, y entonces se detuvo y miró atrás.

La negra araña de brillante caparazón estaba tratando de seguirle. Durante un horrible momento, el hombre creyó que lo conseguiría. Después vio que se paraba y retrocedía. No podía seguir adelante.

Cerrando los ojos, el hombre se relajó sobre el suelo del desfiladero, sintiendo su helado contacto a través de la ropa, jadeando con la boca abierta y preguntándose cuántas veces más tendría que huir de la araña.

La llama de la torre de acero se apagó en aquel momento, y se hizo el silencio, roto sólo por el ruido de los rasguños que la araña hacía en el suelo rocoso al pasearse inquieta. La oyó arañar los troncos cuando se encaramó a ellos en busca de un camino que le condujera hasta él.

Cuando al fin cesaron los ruidos, el hombre salió cautelosamente del estrecho y astilloso pasadizo. De nuevo en el suelo, se levantó con cansada precipitación y miró en todas direcciones para ver dónde estaba la araña.

La vio subiendo por la escarpada pared en dirección al borde del precipicio, arrastrando su gran cuerpo en forma de huevo por la cara perpendicular con sus oscuras patas. El hombre exhaló un suspiro de alivio. Estaba a salvo durante un rato más. Bajando la vista, se dirigió hacia el lugar donde solía dormir.

Pasó cojeando junto a la ahora silenciosa torre de acero, que era una estufa; junto a la enorme serpiente roja, que era una manguera sin boquilla cuidadosamente enrollada en el suelo, junto al enorme cojín cuya funda estaba cubierta de dibujos florales; junto a la inmensa estructura naranja,

que eran dos sillas de madera una encima de otra; junto a los grandes mazos de croquet que colgaban de sus perchas. Uno de los aros del juego de croquet se encontraba sobre una silla. Era lo que el hombre, en su caída, había tratado de agarrar sin lograrlo. Y las latas parecidas a tanques eran botes de pintura vacíos, y la araña era una viuda negra.

Vivía en un sótano.

Pasó junto al alto árbol de trapos en dirección al lugar donde dormía, que se encontraba debajo de un calentador de agua. Justo antes de llegar, se detuvo bruscamente cuando la bomba de agua empezó a moverse en su cueva de cemento. Escuchó su trabajoso jadeo y sus suspiros, que sonaban como la respiración de un dragón moribundo.

Después se encaramó a la plataforma de cemento donde reposaba el imponente calentador esmaltado y se introdujo por debajo de su agradable calor.

Durante largo rato, permaneció tendido en la cama, que era una esponja rectangular en torno de la cual se hallaba doblado un pañuelo. Su pecho subía y bajaba con bruscos movimientos, y sus manos descansaban inertes y cerradas junto a su cuerpo. Sin parpadear, miraba fijamente la enmohecida parte inferior del calentador.

La última semana.

Tres palabras y un concepto. Un concepto que había empezado en un destello de incomprensible conmoción y se había transformado en el intenso y continuo horror que era ahora. La última semana. No, ni siquiera eso, ya que el lunes casi había finalizado. Sus ojos recorrieron brevemente la hilera de trazos de carbón sobre el pedazo de madera que constituía su calendario. Lunes, diez de marzo.

Al cabo de seis días habría desaparecido.

En la vasta extensión del sótano, la llama de la estufa volvió a encenderse y sintió que la cama vibraba debajo de él. Eso significaba que la temperatura de la casa que había encima acababa de descender, y que el termostato se ha-

bía disparado automáticamente para enviar calor a través de las rejillas del suelo.

Pensó en los que estaban allí arriba, en la mujer y la niña. Su esposa y su hija. ¿Acaso seguían siéndolo? ¿O bien el factor tamaño le había apartado de su esfera? ¿Podía considerarse todavía como parte integrante de su mundo, ahora que para ellas tenía el tamaño de una pulga, ahora que Beth podía pisarle sin siquiera darse cuenta?

Al cabo de seis días habría desaparecido.

Había pensado miles de veces en ello a lo largo del año y medio pasado, tratando de imaginárselo. Nunca lo había conseguido. Invariablemente, su mente se había rebelado contra él, mientras pensaba que las inyecciones tenían que empezar a hacer efecto, que el proceso finalizaría por sí solo, que *algo* ocurriría. Resultaba imposible que algún día fuera tan pequeño que...

Sin embargo lo era; tan pequeño, que al cabo de seis días habría desaparecido.

Cuando esta cruel desesperación se adueñaba de él, habría permanecido en la cama durante horas, sin importarle si iba a vivir o morir. La desesperación jamás se desvaneció del todo. ¿Cómo iba a hacerlo? No importaba el ajuste que él creyera estar haciendo; era evidentemente imposible de ajustar, porque nunca se había producido una disminución o nivelación. El proceso había seguido adelante, ininterrumpidamente.

Se retorció en la cama con inquietud y desasosiego. ¿Por qué había escapado de la araña? ¿Por qué no se dejaba atrapar por ella? Entonces ya nada dependería de él. Sería una muerte espantosa, pero rápida; la desesperación concluiría. Y, sin embargo, seguía huyendo de ella, seguía improvisando, luchando y existiendo. ¿Por qué?

—1 metro, 72 centímetros.

Cuando se lo dijo, lo primero que ella hizo fue echarse a reír. No rio demasiado tiempo. Casi inmediatamente la risa cesó y ella guardó silencio frente a él, mirándole. Porque el

rostro de él no sonreía, porque su rostro era una máscara tensa e inexpresiva.

—¿Menguando? —ella articuló la palabra en un tembloroso murmullo.

—Sí —fue todo lo que él logró decir.

—Pero eso es...

Había estado a punto de decir que era imposible. Pero no era imposible, porque ahora que la palabra había sido pronunciada, cristalizó todos los secretos temores que ella experimentara desde el inicio de todo aquello, un mes antes; desde la primera visita de Scott al doctor Branson, que le había examinado por un posible arqueamiento de las piernas; y el primer diagnóstico del médico achacó lo sucedido a la pérdida de peso debida al viaje y el cambio de ambiente, excluyendo completamente la posibilidad de que Scott perdiera también altura.

Los temores se multiplicaron a lo largo de los días de tensa y atemorizada sospecha, durante los cuales Scott siguió disminuyendo de estatura; a lo largo de la segunda y tercera visita al doctor Branson; a lo largo de las pruebas de rayos X y análisis de sangre; a lo largo del examen completo de huesos, y la búsqueda de un tumor pituitario; a lo largo de los interminables días en que prosiguieron los exámenes de rayos X y la sombría búsqueda de un cáncer. A lo largo de aquel mismo día y hasta aquel mismo momento.

—Pero eso es imposible.

Tuvo que decirlo. Eran las únicas palabras que su mente y sus labios podían formular.

Él meneó la cabeza lentamente, aturdido.

—Es lo que Branson dijo —insistió—. Dijo que mi estatura había disminuido más de un centímetro durante los últimos cuatro días. —Tragó saliva—. Pero no sólo estoy perdiendo estatura. Todas las partes de mi cuerpo parecen estar menguando. Proporcionalmente.

—No —su voz expresó una obstinada negativa. Era la única reacción que ella podía tener ante tal idea—. ¿Eso es

todo? —preguntó, casi agriamente—. ¿Eso es todo lo que él puede decir?

—Cariño, es lo que está ocurriendo —repuso él—. Me enseñó unas radiografías... las que hizo hace cuatro días, y las que ha hecho hoy. Es verdad. Estoy *menguando*... —hablaba como si le hubieran dado una violenta patada en el estómago y se hallara medio atontado, medio sofocado por la impresión.

—¡No! —esta vez ella pareció más asustada que firme—. Iremos a un especialista —dijo.

—Es lo que él sugiere —repuso Scott—. Me ha dicho que podía ir al Centro Médico Presbiteriano de Columbia, en Nueva York. Pero...

—Entonces irás —dijo ella, antes de que él terminara la frase.

—Cariño, el costo —se lamentó—. Ya debemos...

—¿Qué tiene eso que ver? ¿Has creído por un solo momento...?

Un estremecimiento nervioso le impidió continuar. Se quedó temblando, con los brazos cruzados y las manos agarradas a sus brazos, en carne de gallina. Era la primera vez —desde el comienzo de todo— que ella le demostraba lo asustada que estaba.

—Lou —la rodeó con sus brazos—. No pasa nada, querida, no pasa nada.

—No es verdad. Tienes que ir a ese centro. *Tienes* que ir.

—Muy bien, muy bien —murmuró él—. Lo haré.

—¿Te dijo lo que te harían? —preguntó ella, y él detectó la gran necesidad de esperanza que denotaba su voz.

—Pues... —se humedeció los labios, tratando de recordar—. ¡Oh!, dijo que me examinarían las glándulas endocrinas; la tiroides, la pituitaria..., las glándulas sexuales. Dijo que me harían un metabolismo basal y algunas otras pruebas.

Ella apretó los labios.

—Si sabe todo eso —observó—, ¿por qué tiene que decir lo que ha dicho sobre... sobre menguar? No es propio de un buen médico. Es una negligencia.

—Cariño, yo se lo pedí —contestó él—. Lo dejé bien claro cuando empecé a someterme a las pruebas. Le dije que no quería ningún secreto. ¿Qué otra cosa podía...?

—De acuerdo —le interrumpió ella—. Pero ¿tenía que decirlo... de esa manera?

—Eso es lo que es, Lou —repuso él, angustiado—. Hay pruebas que lo demuestran. Esas radiografías...

—Podría estar equivocado, Scott —le interrumpió ella—. Nadie es infalible.

Él no dijo nada durante unos momentos. Después, sosegadamente, ordenó:

—Mírame.

Cuando todo empezó, él medía un metro ochenta y dos. Ahora sus ojos estaban al mismo nivel que los de su esposa; y su esposa medía un metro setenta y dos.

Desanimado, dejó caer el tenedor encima del plato.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —preguntó—. El costo, Lou, el costo. Necesitaré un mes de hospitalización como mínimo; es lo que dijo Branson. Un mes sin trabajar. Marty ya está bastante apurado. ¿Cómo voy a esperar que siga pagándome el sueldo si ni siquiera...?

—Cariño, ¡lo primero es tu salud! —replicó ella con voz penetrante—. Marty lo sabe. Tú lo sabes.

Él bajó la cabeza, apretando los labios y los dientes. Cada factura era una cadena que le abrumaba. Casi podía sentir los pesados eslabones alrededor de sus extremidades.

—¿Y qué vamos a hacer...? —empezó, interrumpiéndose al ver que Beth le miraba fijamente, sin acordarse de cenar.

—Sigue comiendo —le dijo Lou.

Beth se sobresaltó ligeramente, y después hundió el tenedor en un montón de patatas cubiertas de salsa.

—¿Cómo vamos a pagarlo? —preguntó Scott—. No tenemos seguro médico. Ya debo quinientos dólares a Marty por las pruebas que me han hecho... —suspiró profundamente—. Y es posible que no obtengamos el préstamo del Gobierno.

—Ya nos las arreglaremos —dijo ella.

—Eso es muy fácil de decir —replicó él.

—Muy bien, ¿qué preferirías hacer? —preguntó ella, con la irritación del miedo en la voz—. ¿Olvidarlo? ¿Aceptar lo que el doctor ha dicho? ¿Quedarnos sentados y...? —un sollozo ahogó sus palabras.

La mano que él colocó sobre la suya no era consoladora. Estaba casi tan fría y temblorosa como la de ella.

—De acuerdo —murmuró—. De acuerdo, Lou.

Más tarde, mientras ella acostaba a Beth, él se quedó en el oscuro salón contemplando los coches que pasaban por la calle. A excepción de las voces ahogadas procedentes del dormitorio posterior, no se oía ningún ruido en el apartamento. Los coches pasaban a toda velocidad frente al edificio, iluminando el pavimento con los faros.

Pensaba en su solicitud de un seguro de vida. Formó parte de su plan, al trasladarse al Este. En primer lugar, trabajaría para su hermano; después solicitaría un préstamo del Gobierno con la idea de convertirse en socio en el negocio de Marty. Conseguiría un seguro de vida y un seguro médico, una cuenta en un Banco, un coche decente, ropa, posiblemente una casa. Construiría una estructura de seguridad alrededor de él y de su familia.

Pero ahora llegaba aquello, que desbarataba el plan. No sólo eso, sino que amenazaba con destruirlo completamente.

No hubiera podido decir en qué preciso momento se planteó la pregunta. Pero de repente se encontró pensando en ella, mientras contemplaba fijamente sus manos alzadas y con los dedos extendidos, el corazón latiéndole apresuradamente y acorralado en una trampa helada.